

Completando el puzzle

- CAPÍTULO 28 -



Cuando Libertad despertó esa mañana, sabía que había llegado el momento de conocer al pequeño Daniel. Había tenido contracciones antes, de esas conocidas como de *braxton hicks*, pero, aunque no tenía más experiencia, sabía que estas eran diferentes. No quería alarmar a David, aunque él la notó extraña y no quería irse a trabajar, pero ella insistió porque pensó que, al ser primeriza, la cosa iría para largo. Se preparó un café con leche y una tostada y se sentó como pudo en el sofá. No tenía hambre, pero sabía que, una vez iniciado el proceso, no le dejarían comer y no quería ponerse de mala leche.

A media mañana las contracciones no subían en intensidad, pero eran cada vez más frecuentes. Según el cronómetro de su móvil, cada 5 minutos se le tensaba el vientre y recibía una descarga de dolor, pero algo le decía que eso no podía ser todo. David le había llamado por lo menos cuatro veces y ella le había dicho que no volviera a llamarla, que ya le llamaría ella si le necesitaba. No eran las 12 de la mañana cuando me llamó.

—Hola, Lib—dije sorprendida cuando cogí el teléfono. Fui a la terraza de la oficina y me encendí un cigarro—. ¿Aburrida de no trabajar?

—Eso es lo que menos me preocupa—dijo.

—¿Pasa algo?—me puse alerta—. Todavía quedan dos semanas para que salgas de cuentas, ¿no?

—Sí, pero no sé por qué me da que de hoy no pasa.

—¡No me digas!—grité—. ¿Qué sientes? ¿Tienes contracciones? ¿Está David contigo? ¿Has roto aguas? ¿Quieres que vaya?

Se rio entrecortadamente.

—Calla, loca. A David le he mandado al trabajo a regañadientes, porque me iba a estar agobiando todo el día alrededor y no me apetecía. Llevo desde que me he levantado con dolores que son cada vez más seguidos, pero dudo mucho que esto sean las contracciones.

—¿Por?

—Porque no duelen tanto. Si esto es todo, la gente es una exagerada, podría parir sin epidural. A lo mejor pruebo lo de dilatar en la bañera.

—Venga, tía, no te flipes—me reí.

—Pues por eso te digo que no creo que sean contracciones, porque me da a mí que la fiesta todavía no ha empezado.

—¿Cada cuánto son?

—Cada cinco minutos.

—¿Y cuánto llevas así?

—Tan seguidas una hora más o menos.

—¿Y eso no se supone que significa que estás de parto?

—¡Y yo qué sé!—dijo frustrada—. Pues según la matrona que nos dio las clases de preparación al parto sí, pero a lo mejor no son contracciones, son sólo dolorcillos. Y no me apetece ir al hospital como una imbécil y que me manden para casa.

—Bueno, supongo que eso será algo habitual, ¿no?

—Pues supongo, pero yo qué sé, pensé que sería diferente. Que estaría más claro, que aguantaría como una campeona en casa y cuando llegase al hospital ya tendría todo el trabajo hecho y pariría en hora y media.

—Claro, y que no te darían puntos, ni te dolería, ni te cagarías encima.

—¡Ay, Dios! ¿Tú crees que me voy a cagar encima?

—Y yo qué sé, pero si haces fuerza para sacar un cabezón de tu vagina, a lo mejor te sale algo más que el crío...

—¡Que cerda eres!—se quejó.

—¡Eh! Que no soy yo la que está a punto de cagarse encima—dijo riéndome—. Pero no te preocupes, que no creo que te des ni cuenta.

—Ana, estoy acojonada—dijo sincerándose por fin.

—Normal, pequeña. Estás a punto de tener un hijo, lo raro sería que no lo estuvieras. Pero no conozco a nadie que lo pueda hacer mejor que tú, Lib.

—Gracias, mi niña.

—¿Necesitas algo?

—No, creo que voy a llamar a David para que venga. El pobre está nervioso y no dará pie con bola en el trabajo.

—Haces bien. Así si te empieza a doler mucho le puedes romper la mano.

Se rio, me dio las gracias y llamó a David acto seguido. Aún no había terminado de sonar el primer tono cuando descolgó, parecía que tenía el teléfono en la mano.

—Cariño, ¿estás bien?—preguntó él sin saludar.

—Y yo qué sé—contestó ella—. ¿Puedes venir? No creo que esté de parto todavía, pero estoy nerviosa.

—Ahora mismo voy.

David colgó el teléfono y cogió un taxi que le dejó en su casa en 20 minutos. Ni siquiera esperó al ascensor, subió los cinco pisos a la carrera y cuando llegó a casa estaba sin aliento.

—¿Libertad?—dijo al abrir la puerta.

—¡Estoy en el salón!

Cuando entró, se la encontró vestida sólo con una camiseta y sentada encima de una pelota de pilates dando pequeños botecitos con sus zapatillas de andar por casa en forma de mono. Era una imagen más bien cómica, pero no le salió ni reírse.

—¿Quieres que vayamos ya al hospital?—preguntó nervioso.

—No, todavía no, vamos a esperar un poco más. Tengo contracciones cada 5 minutos, pero no me duele mucho.

—Pero si las tienes tan seguidas ya deberíamos ir, ¿no?

Libertad le miró con los ojos inundados de lágrimas.

—Cariño, ¿y si vamos al hospital y nos mandan de vuelta a casa?

—Pues nos volvemos. A ver, somos primerizos, lo entenderán, ¿no? Vamos, que te miren, te quedas tranquila, y si nos tenemos que volver a casa, nos volvemos. Tampoco es para tanto.

Cogieron el coche y se presentaron en el hospital en 15 minutos. La mujer de recepción los miró con una media sonrisa cuando contaron el motivo de su visita, pero aun así les hizo pasar a una sala donde le pusieron una especie de cinturones alrededor del vientre que le medían la intensidad de las contracciones. Ahí se quedaron más de media hora, hasta que llegó otra mujer que les hizo pasar a una sala para ver de cuántos centímetros estaba dilatada. Como imaginaba Libertad, la mujer le dijo que sólo estaba de un centímetro y que se volviera a su casa tranquilamente, que la cosa iba para largo. Ella se sintió frustrada y un poco avergonzada, por haber ido al hospital tan pronto sin necesidad, pero intentó que no se le notara y volvieron a casa. Mientras David iba a aparcar el coche, ella llamó a su madre.

—¿Qué tal, cariño?—le preguntó, ajena a todo lo que estaba pasando.

—Pues bueno, bien. Volvemos del hospital.

—¿Ha pasado algo? ¿Estáis bien?—le preguntó su pobre madre, nerviosa.

—Pues nada, que llevo desde que me he levantado con contracciones y como ya eran muy seguidas, he ido a ver si ya estaba de parto.

—¿Y qué te han dicho?

—Que soy una histérica y que me vaya para casa.

Su madre se rio.

—Ay cariño, no eres una histérica, es que no sabes cómo es eso. Cuando tengas contracciones de verdad, te darás cuenta, no te preocupes. Son muy reconocibles.

—¿Y si no me doy cuenta y paro en casa?—preguntó Libertad al borde de las lágrimas.

—Hombre, no te voy a decir que sea imposible, pero no es muy habitual. Normalmente las primerizas tardamos mucho. Pero cariño, tú no te preocupes y si tienes que volver al hospital, vuelves las veces que hagan falta. No eres una histérica por eso.

En ese momento, Libertad notó una punzada en el vientre, como si le hubiesen pellizcado muy fuerte. Se levantó de la impresión y en ese momento empezaron a caer litros y litros de agua de entre sus piernas.

—Mamá...—dijo con la voz entrecortada.

—¿Qué pasa, cariño?

—Tengo que dejarte. He roto aguas. Voy a llamar a David.

—¡Ay, cariño! ¡Id al hospital, nosotros vamos enseguida!

—Mamá, no os van a dejar entrar y esto puede que vaya para largo. Nosotros te avisamos cuando ya esté todo hecho.

—Vale, vale...

Libertad colgó. Sabía que se plantarían en el hospital más pronto que tarde. Aunque su padre intentaría detenerla, su madre no pararía hasta no estar sentada en la sala de espera. Buscó el número de David y le llamó.

—Acabo de aparcar, cariño, voy para allí—le dijo él.

—Pues desapareca, majo, que acabo de romper aguas.

—¡¿Cómo?!—gritó él, histérico.

—Lo que te he dicho. Me voy a meter en la ducha que estoy empapada. Sube un momento a fregar el suelo, anda, que he preparado un charco en el suelo y se va a joder el parqué.

Media hora después, estaban en la carretera de camino al hospital sin hablar. Cuando estaban entrando en el aparcamiento, Libertad tuvo una contracción que le dobló en dos.

—Esta sí que creo que era de verdad—dijo cuando pudo recuperar el aliento.

La mujer de recepción la miró sorprendida cuando traspasó las puertas del hospital.

—Pero bueno, si tú te acabas de ir, ¿no?—preguntó.

—Sí, pero nada más llegar a casa he roto aguas. En mi casa siempre hemos sido muy cabezones, y yo si digo que paro hoy, paro hoy.

—Pues ale, ale, pasa por ahí que te van a poner una pulserita de todo incluido—le dijo riéndose.

Le pusieron la típica pulsera de ingreso en el hospital y volvieron a llevarla a la misma sala de los cinturones. Esta vez, el medidor de las contracciones marcaba más de 100 y Libertad se daba cabezazos contra el respaldo del sofá.

—Pero cariño, para, que te vas a hacer una brecha—dijo David sujetándola para que no se hiciera daño.

—¡Me da igual! ¡A ver si me abro la cabeza y me distraigo de este puto dolor de mierda!—dijo ella fuera de sí.

A la media hora entró una enfermera y, al ver las mediciones de las contracciones, la llevaron directamente a la sala de dilatación.

—¿Vas a intentar dilatar en la bañera?—le preguntó David recordando que alguna vez se lo había comentado.

Vio cómo la enfermera sonreía mirando al suelo.

—¡Ni de coña!—gritó ella—¡A mí que me droguen!

La metieron en una sala y le instaron a que se lavase un poco en una ducha, pero Libertad no podía mantenerse de pie. Las contracciones eran demasiado fuertes, a pesar de que casi no había dilatado. Mientras se agarraba con una mano a la mampara de la ducha y con otra a su marido, entró una matrona mayor y con más experiencia.

—Pero vamos a ver, ¿no veis que esta mujer no puede estar así?—dijo—. Llévala a la cama.

Tumbaron a Libertad en una cama y la mujer le dio a David una esponja.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?—dijo confundido.

—Limpiarla, que está llena de sangre. ¿No me dirás ahora que te da asco?

—No, no, en absoluto—dijo él abrumado.

—Que me droguen, señora, que me droguen—le dijo Libertad sujetándola por la muñeca.

La mujer se descojonó.

—No te preocupes, hija, que ya hemos llamado al anestésista.

Ella había escuchado que, entre contracción y contracción, tenías unos minutos para recuperarte, pero a ella, todavía no se le había pasado el dolor de una cuando ya le venía la otra. Sentía que le faltaba hasta el aire. Al cabo de unos minutos, entró un chico bastante joven que se identificó como el anestésista.

—¡Por fin!—gritó Libertad—. Por favor, ponme algo, lo que sea.

La sentaron en la camilla y la instaron a quedarse muy quieta mientras el chico le ponía la inyección en la columna. Le resultó difícil no moverse, ya que tuvo tres o cuatro contracciones en el tiempo que tardaron en ponerle la epidural pero, a los pocos minutos de habérsela puesto, sintió la sensación más placentera del mundo. La ausencia total de dolor. Todavía notaba cómo se le tensaba el vientre de vez en cuando, pero ya no quería morirse con cada contracción. Les dejaron solos en la habitación y ella se había quedado tan relajada, que se quedó dormida. Al cabo de un tiempo que a ella se le antojó demasiado corto, David la despertó.

—Cariño, voy a bajar a comer algo, ¿vale?—dijo David.

—Vale. ¿Qué hora es?—preguntó Lib completamente desorientada.

—Las nueve y media.

Le sorprendió que llevara tantas horas dormida. ¿No se suponía que estaba de parto? Había llegado al hospital hacía cinco horas y llevaba por lo menos tres

durmiendo. David se fue y ella se puso a ver una película en la tablet porque no creía poder volver a dormirse.

—¿Cómo vas, bella durmiente?—le preguntó una matrona.

—Pues bien, no me entero de nada, la mierda que dais en el hospital es de la buena—contestó ella.

La mujer se puso unos guantes y comenzó a mirar cuánto había dilatado en este tiempo.

—Todavía te falta mucho—dijo—. La epidural te ha ralentizado las contracciones. Normalmente no la ponemos tan pronto, pero las tenías tan fuertes...

—¿No es normal?—preguntó ella asustada.

—Bueno, no es habitual pero normal es todo, no te preocupes.

Al cabo de 15 minutos, volvió David.

—Tus padres llevan media hora en la sala de espera—dijo.

—Lo suponía. Pues se van a hartar de esperar, porque me acaban de decir que todavía me falta mucho.

—Bueno, ellos verán. Yo ya les he dicho que se fueran y tu padre quería, pero ya conoces a tu madre. No la sacan de aquí ni los GEOS.

Todavía les dio tiempo a verse una película juntos, leer un poco y aburrirse antes de que la matrona volviera.

—Ya falta poco—anunció—. Aguanta un poco más, enseguida vuelvo y empezamos con los pujos.

—Si yo aguanto lo que haga falta, no me entero de nada—dijo ella.

A la media hora, entró otra vez la matrona con un espejo de cuerpo entero, que colocó frente a Libertad.

—Esto es para que puedas verte—dijo—. Vamos a empezar a empujar, ¿vale? Cuando notes que te viene una contracción, empuja.

Seguía sin notar dolor, pero al menos sí notaba cuando se le tensaba el vientre, y cuando eso ocurría, empujaba con todas sus fuerzas.

—Vas muy bien. Mira, ya se ve la cabeza, ven aquí—le dijo a David.

Él se acercó un poco receloso y la cara que puso cuando vio todo aquello no era precisamente de ilusión. Todo se desarrollaba con tranquilidad hasta que de repente, algo cambió. Los monitores que controlaban el latido del niño empezaron a fluctuar y, al cabo de unos segundos, entraron dos ginecólogas como elefantes en una cacharrería.

—¿Qué pasa?—preguntó David asustado.

—El niño lleva demasiado tiempo en el canal del parto—dijo una de ellas—. Le están bajando las pulsaciones.

—Libertad, estás empujando bien, pero no sabemos por qué, cuando dejas de empujar, el niño vuelve a subir y no creemos que puedas expulsarlo tú sola. ¿Quieres que te ayude?

Libertad no entendía nada. ¿No iba todo tan bien? ¿Por qué ahora de repente necesitaba ayuda? ¿Y qué era eso de que le estaban bajando las pulsaciones? ¿Significaba eso que la vida de su hijo corría peligro?

—Sí, por supuesto, ayúdame—dijo.

Lo que vino a continuación, no se lo esperaba. La mujer colocó un taburete al lado de su cama, se arrodilló y, en la siguiente contracción, mientras ella se afanaba en empujar, la mujer colocó sus manos sobre su vientre y apretó con fuerza. Libertad se quedó sin aire y no podía dejar de pensar que eso, la maniobra de *Kristeller* estaba completamente desaconsejada. O al menos eso era lo que le había dicho la matrona que le había dado las clases de preparación al parto.

—¡¿Qué haces?! ¡No me toques!—gritó Libertad.

—Mira, tu hijo está en peligro. Tenemos que actuar con rapidez si queremos que ninguno sufra ninguna secuela. Tú verás, ¿quieres que te ayude o no?

Libertad se sentía acorralada, ¿debía permitirlo? ¿Y si no lo permitía y su hijo moría o sufría secuelas de por vida por la falta de oxígeno?

—Haz lo que tengas que hacer—dijo.

La ginecóloga volvió a ejercer presión sobre su vientre, aunque esta vez no le cogió por sorpresa. Mientras hacía esto, la otra ginecóloga introducía en su vagina una ventosa para tirar de la cabeza de su hijo. Pocos minutos después, Libertad contemplaba un bebé arrugado, lleno de una mucosidad grisácea y con los ojos abiertos como platos colgado de una ventosa frente a ella. Fue sólo un segundo, porque casi al instante lo colocaron sobre su pecho con un gorrito color *beige* que ocultaba la deformidad de su cabeza.

—No te preocupes, en cuestión de horas, la cabeza volverá a su forma normal—le dijo la matrona.

Pero ella ya no la oía. Ni a ella, ni a su marido ni ningún ruido del exterior. Ya no se acordaba del momento final del parto, que no había sido tan idílico como ella había soñado. Ella sólo miraba a ese bebé bastante feo que cabeceaba haciendo ruidos y calentándole el pecho.

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>